

# LA DÉCADA CONTESTATARIA

*David P. Montesinos*  
*Doctor en filosofía*

*Resumen:* Con ocasión de un trascendente proceso electoral, Nicolas Sarkozy descargó sobre el Mayo Francés, y por tanto, sobre la izquierda liderada en aquel momento por Ségolène Royal, la responsabilidad por los males de la sociedad contemporánea. Este debate, planteado igualmente en Norteamérica de manera cíclica por los Republicanos para desacreditar a los Demócratas, ha tenido ya sucesivos episodios. Hay otra imputación, no sólo a Mayo del 68, sino al conjunto de procesos de protesta y transformación que caracterizaron a toda la década de los sesenta en Occidente y en otras sociedades: la rebeldía que asociamos a esos años es en realidad la expresión de la necesidad de transformación de las empresas del nuevo capitalismo. Este artículo intenta cuestionar algunos supuestos e implicaciones de ese razonamiento. Pese a contener una parte de verdad, la teoría asimilacionista deja de lado la existencia de conflictos reales y la conquista de derechos fundamentales que transformaron para siempre el mapa moral y las relaciones sociales de miles de millones de personas en todo el mundo.

*Palabras clave:* Mad Men, liberacionismo, Década Kennedy, asimilacionismo, contestatario, contracultura, Movement, rock'n roll, comunas, hippies, Teoría X / Teoría Y.

## **The rebellious decade**

*Abstract:* On the occasion of a significant electoral process, Nicolas Sarkozy imputed on the French May, and therefore, on the Left led at that time by Ségolène Royal, the responsibility for the evils of contemporary society. This debate, also raised in North America in a cyclical way by the Republicans to discredit the Democrats, has already had successive episodes. There is another accusation, not only on May 68, but on the whole process of protest and transformation that characterized the whole decade of the Sixties in the West and in other societies: the rebellion that we associate with those years is actually the expression of the need for transformation of the new capitalist companies. This article tries to question some assumptions and implications of that reasoning. Despite containing a part of truth, the assimilationist theory leaves aside the existence of real conflicts and the conquest of fundamental rights that forever transformed the moral map and social relations of billions of people around the world.

*Key words:* Mad Men, liberationism, Kennedy Decade, assimilationism, contestation, counterculture, Movement, rock'n roll, communes, hippies, Theory X / Theory Y.

Para el pensamiento conservador la llamada “Década Prodigiosa” es una etapa de disolución social y de implantación de hábitos hedonistas y amorales, una fase de disgregación moral a la que podemos responsabilizar del desorden

---

Data de recepció: 7 de novembre de 2017 / Data d'acceptació: 22 de gener de 2018.

que hoy padecemos. La escasa profundidad de este planteamiento debe dar lugar a una controversia mucho más fecunda. Este artículo presenta, con carácter ensayístico, una reflexión sobre el legado cultural y político de los años sesenta, reconocido como uno de los periodos socialmente más convulsos en la historia reciente de las comunidades occidentales. Dibuja los contornos que definen un debate que ha tenido un largo recorrido y que no se ha agotado.

Por una parte, los “asimilacionistas” afirman que las corrientes individualistas características de aquel tiempo responden de manera falsamente rebelde a la evolución del capitalismo hacia el apogeo del consumo, la despolitización y, en definitiva, a la ruptura de la mayoría de los ciudadanos con el esquema revolucionario clásico. En dirección contraria, este artículo trata de desactivar los principios que subyacen a esa visión. Su objetivo es defender la herencia de los movimientos sociales de los años sesenta, considerando que la transformación que propician es decisiva para ensanchar el margen de las libertades de las que hoy disfrutamos.

## **LOS AÑOS SESENTA: UN ESCENARIO PRODIGIOSO**

Cuando preguntemos a un occidental de cultura media cuáles son a su juicio las décadas más decisivas del siglo XX es muy probable que nombre dos: la de los veinte y la de los sesenta. No hay conflagraciones mundiales y devastadoras como sí las hubo en los años diez y cuarenta, pero pensamos en esos dos decenios como etapas de una enorme creatividad, momentos de acelerón histórico dotados de un colosal poder transformador. Son dos periodos convulsos, “críticos” en sentido estricto, ya que la intención de introducir elementos desconocidos hasta entonces en la vida de la gente se apodera masivamente del imaginario colectivo, desencadenando una incertidumbre tan desasosegante como cargada de ilusión. Llevando a su cumplimiento el gran sueño ilustrado, es decir, extendiendo las libertades y el conocimiento a la mayoría de los ciudadanos, toma forma en estas dos entregas históricas la expectativa de un mundo de bienestar, comunicación y democracia. Ken Goffman, discípulo de Timothy Leary –profeta de la liberación psicodélica a través del consumo de LSD–, encuentra en la contracultura juvenil de los sesenta el paradigma de la emancipación contemporánea:

En la década de 1960 todos nuestros tropos contraculturales salieron al aire gritando a la vez. Parecía como si de repente se hubieran abierto las puertas de una especie de prisión psíquica y todos los jóvenes intentaron escapar

de allí. Libertades individuales más amplias de pensamiento, palabra y acción se disputaban –e intentaban converger– con un sentido creciente de responsabilidad colectiva para terminar con la guerra, la pobreza y la injusticia (Goffman, 2005, 329).

Ya sabemos que el sueño de los veinte fue triturado en Norteamérica por el crack del 29 y la consiguiente Gran Depresión, ciclo desastroso al que siguió la guerra más mortífera y global de la historia. En cualquier caso, el New Deal, promovido por el Presidente Franklin D. Roosevelt en los años treinta, y el triunfo militar aliado frente al fascismo, al que siguió el Plan Marshall, crearon las condiciones para que los Estados Unidos se impusieran como primera potencia mundial. Mientras se tramaban las claves de la Guerra Fría, una era de prosperidad sin precedentes se preparaba en Occidente. Sin ella y su gran criatura, el Estado del Bienestar, no podemos entender cómo se configuró el singular paisaje de los años sesenta.

Deberíamos preguntarnos por qué, entre los numerosos sobrenombres que recibe este decenio, figura el de “Década Kennedy”, dado que su Presidencia fue prematuramente abortada por el asesinato de JFK en Dallas (1963). Su condición de héroe de guerra, la victoria electoral ante Nixon en el 60 –determinada para muchos por su gran dominio del medio televisivo– la juventud y el *glamour* de su imagen familiar –apoyada en el poder seductor de su esposa Jackie–, la brillantez de sus discursos... Kennedy se convirtió en un icono pop, y décadas después de que su hermano Bob, que amenazaba con ocupar la Casa Blanca, fuera también asesinado, el Partido Demócrata ha seguido pensando en encontrar un miembro de la familia Kennedy con el carisma del hombre que, acaso sin quererlo, modernizó la imagen que Norteamérica tenía de sí misma. Ahora puede sonar a corrección política y a discurso muy repetido, pero en aquel momento, en plena Guerra Fría y ante la evidencia de la hostilidad entre las dos grandes potencias y la amenaza nuclear, algunas intervenciones de John Fitzgerald Kennedy parecen propias de un visionario:

Si no podemos terminar ahora con todas nuestras diferencias, al menos podemos ayudar a que el mundo sea un lugar seguro para la diversidad (Kennedy, 1963).

Explosión de la música pop, extensión masiva de la televisión en los hogares, transformación de la cultura empresarial, incorporación de la mujer al mercado laboral, desarrollo de las técnicas anticonceptivas y de la planificación familiar... La lista de categorías que cualquier informe sociológico asocia a esta época y que determinan sin duda lo que hoy somos es demasiado grande

como para ignorar que estamos ante un escenario prodigioso, una convulsión histórica que desde Norteamérica se extiende al resto del mundo y que dinamita las bases sobre las que se alzó durante tanto tiempo el mapa moral que en el mundo anglosajón conocemos como “victorianismo”, caracterizado por el sacrificio y la contención, especialmente la sexual.

La nueva ampliación de los límites del comportamiento públicamente aceptable, incluida su vertiente sexual, aumentó seguramente la experimentación y la frecuencia de conductas hasta entonces consideradas inaceptables o perversas, y las hizo más visibles. Así, en los Estados Unidos, la aparición pública de una subcultura homosexual practicada abiertamente, incluso en las dos ciudades que marcaban la pauta, San Francisco y Nueva York, y que se influían mutuamente, no se produjo hasta bien entrados los años sesenta, y su aparición como grupo de presión política en ambas ciudades, hasta los años setenta. Sin embargo, la importancia principal de estos cambios estriba en que, implícita o explícitamente, rechazaban la vieja ordenación histórica de las relaciones humanas dentro de la sociedad, expresadas, sancionadas y simbolizadas por las convenciones y prohibiciones sociales (Hobsbawm, pp. 335).

Es una revolución a todos los niveles, un despliegue de fuerzas de renovación que atraviesa transversalmente condiciones sociales, pero es por encima de todo una revolución juvenil. Hubo antes en Europa y Norteamérica corrientes de cultura juvenil y antiburguesa, algunas de los cincuenta, como la de los beatniks, muy influyentes sobre los sesenta. Pero lo que lo cambia todo en la Década Kennedy es el carácter masivo que toman las nuevas formas. Hippismo, revolución sexual, consumo de drogas, hegemonía cultural atronadora del pop y el rock –con el éxito desmesurado de los Beatles como paradigma–, antimilitarismo, penetración de las filosofías orientales... Es demasiado evidente el protagonismo de la juventud en los acontecimientos más destacados de la década como para que ignoremos que estamos ante una lógica conflictual completamente nueva. Los jóvenes alcanzan un protagonismo inusitado; siempre hubo jóvenes, obviamente, pero ahora la juventud es capaz de “pensarse” a sí misma e identificarse como identidad colectiva y destinada al libre pensamiento y la autonomía moral.

Los jóvenes, en tanto que grupo con conciencia propia que va de la pubertad –que en los países desarrollados empezó a darse algunos años antes que en la generación precedente– hasta mediados los veinte años, se convirtieron ahora en un grupo social independiente. Los acontecimientos más espectaculares, sobre todo de los años sesenta y setenta, fueron las movilizaciones de sectores generacionales que, en países menos politizados, enriquecían a la industria discográfica, el 75-80 por 100 de cuya producción –a saber, música rock– se ven-

día casi exclusivamente a un público de entre catorce y veinticinco años. La radicalización política de los años sesenta, anticipada por contingentes reducidos de disidentes y automarginados culturales etiquetados de varias formas, perteneció a los jóvenes, que rechazaron la condición de niños o incluso de adolescentes (es decir, de personas todavía no adultas), al tiempo que negaban el carácter plenamente humano de toda generación que tuviese más de treinta años, con la salvedad de algún que otro gurú (Hobsbawm, 1995, 326).

## MARGARET STERLING ESTÁ EN UNA COMUNA

*Mad Men*, teleserie creada por Matt Weiner sobre la Norteamérica de los sesenta cuyo relato se centra en una agencia publicitaria de la Avenida Madison de Nueva York. Séptima y última temporada: la joven Margaret ha escapado a sus obligaciones matrimoniales encontrando refugio y una “vida verdadera” en una comuna hippie. Su padre, Roger Sterling, dueño de la Agencia de Publicidad, acude encorbatado a rescatarla. Ante el primer no de la joven, que declara su convicción de haber superado la tiranía de las convenciones sociales, decide quedarse y, durante unas horas, se arremanga para pelar patatas, fumar hierba y dormir en el suelo como uno más de la comuna. Roger es a fin de cuentas un “hombre de mundo”. Su fortaleza, o eso cree él, se basa en que es capaz de deambular por ambientes de lo más heterogéneo e interclasista. Y, sobre todo, Roger sabe que el dinero lo es casi todo, pero que hay que tenerlo, y eso supone ceder a la urgencia de algunas responsabilidades, por fastidiosas que resulten.

A la mañana siguiente, pasado el efecto del hachís, Roger Sterling agarra a su hija de la oreja para retornarla a sus obligaciones, esas de las que uno sólo debe escapar momentáneamente. Pero Margaret va en serio, y en el forcejeo Roger termina con su traje lleno de barro y obligado a volver solo a Nueva York.

Podemos creer –es lo que piensa su padre– que Margaret Sterling es una cobarde que, como tantos otros hippies de clase media urbana, ha abrazado una ilusoria mística comunitaria porque carece de la fortaleza moral para ocuparse de una familia “normal”. Pero aquí faltan datos. Roger ha sido un padre y esposo nefasto, jamás se ha preocupado de su hija, y su condición de hedonista compulsivo y narcicista constituye el peor ejemplo para presentarse en una comuna como autoridad moral.

Las comunas estaban probablemente condenadas al fracaso, podemos adivinar que Margaret no saldrá bien librada de esa aventura, pero la serie acabará sin que volvamos a verla. Lo que sí sabemos es que, tras su fracaso, Roger volverá a su trabajo, su alcoholismo y sus devaneos sexuales sin más problemas de conciencia. La partida generacional e ideológica queda en tablas, al menos de momento.

Nos trasladamos al episodio final de la temporada y de la serie. Su auténtico protagonista, Don Draper, creativo y *cool hunter* de la empresa de Sterling, acude a un retiro estilo zen en algún lugar de California. Los infortunios se han acumulado en su entorno, está desorientado, la farsa que siempre ha sido su vida cae a plomo sobre su espalda. Abatido, sentado en el suelo junto a un teléfono, mientras piensa en llamar a alguno de sus seres queridos para despedirse –no sabemos si le tienta incluso el suicidio– una mujer le anima a incorporarse a una terapia de grupo. Un hombre gris relata la triste vida que ha llevado y que le hace sentirse como alguien insignificante al que nadie mira, ni siquiera su familia. Solloza. Don, conmovido, se levanta para abrazarle y llorar con él.

Al día siguiente nos reencontramos con Draper agradeciendo en la postura del loto a los espíritus la llegada del nuevo sol. Cuando el plano se detiene en su cara, esboza una tenue sonrisa. El espectador cree que ha encontrado al fin la paz, que ha llegado la hora de dejar de fingir y, como Margaret Sterling, liberarse de la cárcel de hipocresía y dinero en que ha vivido. A continuación, en la secuencia con que se cierra definitivamente la serie, nos encontramos el anuncio de Coca-Cola que inició una serie que se prolongó durante toda la década de los setenta: jóvenes de distintas razas y que recuerdan a los actores de la ópera *Hair*, cantan mirando al cielo esperanzados:

“Al mundo entero quiero dar un mensaje de paz, /y todos juntos celebrar que volvemos a empezar./ Tan chispeante es la razón que te hace deslumbrar, /que es el momento de sentir la dulce libertad... /Con una coca cola...”.

Adivinamos que Don Draper es el creador de aquella campaña mítica que logró que la empresa americana por excelencia se apropiara astutamente de la ideología de los que rechazaban la carnicería del Vietnam, exigían la igualdad de los derechos civiles o reaccionaban desde la pureza primitiva de las comunas contra una sociedad entregada a la prosa del materialismo y el consumo.

No hay tablas esta vez, el capitalismo ha triunfado. Pero no lo ha hecho como habrían querido Nixon o el Senador McCarthy, imponiendo a la fuerza los principios de la contención moral, el sacrificio y la obediencia, sino absorbiendo el estilo de la protesta juvenil y convirtiéndola en signos del nuevo capitalismo. Es ese poder de asimilación lo que le ha hecho más fuerte que nunca, pues al hacer suyos los nuevos mensajes, los vuelve a poner en circulación desde los media para hacerlos rentables y, al mismo tiempo, para desactivar los resortes más peligrosos de su poder transformador. Draper no va a raparse al cero para vivir entre las lamas ni va a quedarse colgado para siempre entre las flores del Verano del Amor, Draper ha deambulado entre los ciudadanos desorientados de América para entender que el capitalismo necesita mutar si las poderosas corporaciones que le contratan quieren seguir dominando el mundo. A fin de cuentas fue el propio Draper quien dijo aquello de que “el amor lo han inventado tipos como yo para vender medias”.

El desenlace de la serie parece cargar de razones a quienes extienden el desencanto respecto al valor transformador de la década. Con los sesenta se inicia –dirán estos– un ciclo de gigantesca impostura: el capitalismo no sólo resiste a sus enemigos, ahora incluso es capaz de absorber los gestos de la rebeldía para convertirlos en marketing.

La parte de verdad que tiene esta conclusión no es suficiente para desactivar otras evidencias. Lo que demuestra la serie *Mad Men* a lo largo de sus siete temporadas es que la Década Kennedy supone un corte colosal en la evolución de las sociedades occidentales, con efectos que se extienden al resto del mundo y que podemos presumir que definen los elementos básicos del paisaje globalizado del siglo XXI. Esa transformación tan veloz no fue sólo tecnológica, económica o política, estamos ante una revolución en la construcción de la subjetividad; una nueva forma de ser humanos y de relacionarnos con los demás vino en los sesenta para instalarse. Afirmar ahora que la herencia de aquellos convulsos años está definitivamente disuelta es una profunda inconsecuencia.

## DE LOS SESENTA VENIMOS

Cuando en relación al fanatismo multitudinario creado en torno a los Beatles se afirma que “cuatro melenudos cambiaron el mundo”, lo que debemos entender es que la juventud necesitaba urgentemente renovar sus referentes porque el mapa moral en el que la habían educado la constreñía como una camisa de fuerza. “Somos más famosos que Jesucristo”, dijo Lennon, acaso burlándose de la condición de profetas de un orden nuevo que empezaban a atribuir a aquellos chicos de Liverpool que nos aseguraban que todo lo que necesitábamos era amor.

La influencia de todos esos vendavales que en aquel momento resultaban tan esperanzadores y, para los sectores reaccionarios de la sociedad, tan irritantes, se extiende hasta nuestros días. El modo productivo que hoy denominamos “posfordismo” encuentra su punto de arranque por aquel entonces, cuando el modelo industrial clásico de la cadena de montaje experimenta los primeros casos de deslocalización, y muchas empresas mutan hacia la sociedad del conocimiento y la información, lo cual prepara el terreno para la lógica de los circuitos electrónicos integrados que estallará definitivamente con el PC doméstico y la irrupción de internet.

Empieza entonces a hacer fortuna un concepto, la flexibilidad, presentado como una propuesta de tipo técnico para adaptar a las empresas a un mercado más móvil e ingrátido, y que revelará pronto su condición ideológica cuando convierta la precarización laboral en elemento clave para abaratar los costes empresariales.

Es a ese respecto esclarecedora la categorización de ese proceso como tránsito de la “Teoría X” a la “Teoría Y”, del que Douglas McGregor habló ya en el año sesenta. Frente a la visión taylorista del “hombre-organización”, ese tipo gris que respeta la cadena jerárquica y asume que ha de ser vigilado por un superior para cubrir su cuota de productividad, la “Teoría Y” apuesta por la realización personal del trabajador porque cree que si desencadena libremente su ingenio terminará generando mayor beneficio a la empresa que si se limita a cumplir órdenes. Dice McGregor recién concluida la conformista y obediente década de los cincuenta:

El hombre siente el impulso de desarrollar las propias potencialidades, de progresar constantemente, de dar salida a sus facultades creadoras en el sentido más amplio de la palabra. Las circunstancias de la vida moderna de los negocios apenas ofrecen oportunidades para expresar estas necesidades humanas (McGregor, 1994, 38-39).

La tensión histórica entre los dos modelos es magistralmente reflejada en la serie *Mad Men*, donde presumimos que especialmente Draper es el símbolo del triunfo del segundo. La configuración del aparato empresarial –especialmente en una corporación dedicada al marketing– no podía basarse en la uniformidad y la repetición mecánica de consignas porque la clientela a la que se dirigían ya se había decantado por la diversidad, el individualismo y la rebeldía. El “loco” que encontramos en Mad Avenue –distrito neoyorquino donde se centralizaba la actividad publicitaria– es un tipo como Draper o Sterling, un talento indisciplinado, narcisista y adicto al alcohol, el tabaco y las mujeres bonitas, que desobedece instrucciones con la misma facilidad con la que logra nuevos clientes con sus fantásticas ideas.

Al igual que ocurría en la industria masculina de la moda, las estructuras lentas y jerárquicas de Madison Avenue sucumbirían a un capitalismo nuevo, más flexible, que concebía el consumo no como una rígida expresión de conformismo y progreso, sino como una manifestación del glorioso caos del inconformismo (Thomas, 2011, 82).

Las sombras de ese discurso van agrandándose con los años tras la luminosa promesa de un capitalismo más creativo y ligero de equipaje: la fe fordista en el trabajo fijo y el empleado satisfecho dejará sitio a la lógica del empleo precario y las trayectorias biográficas impredecibles, sometidas al nomadismo y la imposibilidad de hacer planes a largo plazo. Como afirma André Glucksmann, las revoluciones de los sesenta, y concretamente el Mayo Francés, constituyen

una transformación filosófica: la gente estaba empezando a prepararse para un mundo de desarraigados. Glucksmann encuentra las claves de aquel gran disturbio social en la colisión entre una forma de estar en el mundo que desaparecía para siempre y la determinación –encarnada en aquellos jóvenes de La Sorbona– de abrir los ojos a un ciclo histórico completamente novedoso.

*Desarraigados*: el término es esencial. La Francia conservadora que Charles De Gaulle encarnaba en parte, sólo en parte, esa Francia de Barrès, de la tierra, de los campanarios, de las cruces y de los cementerios; esa Francia de los arraigados exorcizaba el desarraigo como una perturbación procedente del exterior (Glucksmann, André y Raphaël, 2008, 28).

La revolución de los modelos profesionales es sólo una más de todas las que estallan en los diversos órdenes de la vida, empezando por los que afectan a la vida cotidiana. Podemos hablar de una genuina “revolución de la intimidad”, hombres y mujeres, adultos y niños, son adiestrados en nuevas formas de relación. Se desarrollan, con una influencia decisiva de la publicidad, hábitos de vida relacionados con la salud que hoy en día forman parte del paisaje pero que en los sesenta entraron casi como excentricidades. La hegemonía del principio patriarcal y el carácter monolítico de la familia empiezan a sufrir serios reveses desde la creciente ideología del género y lo que entonces se llamó la revolución sexual. A nivel político crece entre muchos ciudadanos de Occidente el malestar de no sentirse representados por las organizaciones clásicas y triunfa el principio de que sólo desde la pancarta y la ocupación de los medios de comunicación es posible la emancipación. Es incuestionable que acontecimientos como los del 68 en París inauguran un ciclo de protesta y reivindicación ciudadana cuyo formato se ha repetido posteriormente y hasta nuestros días.

## UNA REVOLUCIÓN FRACASADA... ¿O NO?

El “liberacionismo” característico de los sesenta parece haberse convertido en referente de hostilidad predilecto para los grandes gobernantes de derechas. Ronald Reagan enfocó muchos de sus esfuerzos en sus ocho años en la Casa Blanca en el desmantelamiento de la trama jurídica de derechos civiles que se diseñó en la Década Kennedy, en gran medida como respuesta a las movilizaciones masivas contra la guerra en Vietnam o a favor de la igualdad sexual y racial. Nicolas Sarkozy armó su discurso frente a la socialista Ségolène Royal a partir de la crítica a la “nefasta” herencia que en el país había dejado Mayo del 68, con la cual vinculaba a su rival y al conjunto de la izquierda. La misión

que Trump se impone de “restaurar la ley y el orden” en las calles de Norteamérica cada vez que hay algún tipo de disturbio recuerda mucho a la retórica que Nixon empleaba cuando prometía a sus votantes acabar con los desórdenes característicos de los años de los hippies y las protestas.

El juicio reaccionario es a menudo simplista y esquiva la fuerte ambivalencia de un conjunto de sucesos que sin duda generaron incertidumbre e incluso pánico, pero que mejoraron la situación en gran parte del mundo de amplísimos colectivos cuyo lugar había sido normalmente el de actores secundarios, cuando no el de explotados y silenciados.

Más lúcido y, sobre todo, mejor informado es el argumento que piensa en el gran *Movement* de los sesenta como una revolución fracasada. Frente al principio de derechas, según el cual los desórdenes actuales se originan en el culto hedonista a la irresponsabilidad, la desobediencia y la amoralidad de tiempos de los Beatles, este planteamiento establece que el carácter superficial, lúdico o impostado de la movilización característica de aquel tiempo le otorga una intransitividad que vuelve sus propuestas inanes y utópicas, convirtiéndolas en fácil pasto de los cazadores de tendencias *cool*. En suma, la revolución fracasó no porque la minifalda fuera una golfería, sino porque se quedó precisamente en eso, en una revuelta de signos de los que se apropiaron nuevamente las marcas, lo que permitió evolucionar al capitalismo y modernizar a muchas grandes corporaciones que empezaban a quedarse anquilosadas en los procedimientos del fordismo y el anticuado universo moral victoriano. El historiador Tony Judt achaca al espíritu de las revueltas juveniles de aquel tiempo el origen del espíritu individualista que ha dominado el paisaje socio-político de nuestra época:

Lo que unió a la generación de 1960 no fue el interés de todos, sino las necesidades y los derechos de cada uno. El “individualismo” –la afirmación del derecho de cada persona a la máxima libertad individual y a expresar sin cortapisas sus deseos autónomos, así como a que estos sean respetados e institucionalizados por la sociedad en su conjunto– se convirtió en la consigna izquierdista del momento. (...) Con independencia de lo legítimas que sean las reivindicaciones de los individuos y de lo importantes que sean sus derechos, darles prioridad tiene un precio inevitable: se debilita el sentido de un propósito común (Judt, 2011, 91).

Si aceptamos la afortunada fórmula de Zygmunt Bauman para definir esta modernidad tardía en que nos situamos –“sociedad líquida”–, podemos interpretar que la agitación de los sesenta es una respuesta sobre todo de la juventud al proceso de deterioro de los nexos que mantenían un sistema de valores unitario y capaz de garantizar certezas morales. Con el descrédito, sobre todo entre las nuevas generaciones, del mapa moral puritano que sostuvo el capitalismo

clásico desde el principio del ahorro y la satisfacción diferida, renunciar al compromiso militar con la patria o proponerse la satisfacción inmediata de los deseos, dejaron de ser hábitos de minorías patológicas para hacerse “normales”. Los jóvenes querían pasarlo bien, desde luego, pero también presentían con desasosiego que el mundo con el que sus padres les ilusionaban y a la vez les amenazaban había caído en situación de incertidumbre. Creció, acaso de forma inconsciente, el sentimiento de que las biografías iban a encaminarse por trayectos sinuosos e imprevisibles, de que debíamos abrirnos a una sociedad del riesgo donde empezaban a ser los sujetos y no las viejas agrupaciones –patria, linaje, religión...– las que a cada momento tomaran decisiones para sobrevivir o crecer.

Esa respuesta arrastraba implicaciones cuya ambivalencia sólo hemos podido atisbar a posteriori: a los ojos de las viejas generaciones o del *stablishment* eran rebeldes, anárquicas, insolentes y disolutas, pero eran también en gran medida adaptativas, es decir, pugnaban por ajustar los valores y las formas de vida a una lógica donde todo lo que fue sólido tendía a hacerse fluido y tornadizo. En definitiva, y siguiendo la hipótesis de Glucksmann, la juventud rebelde de los años prodigiosos se preparaba para un escenario vital de desarraigo y nomadismo.

Dos acontecimientos en las postrimerías de la década resumen esa necesidad de la juventud occidental de tomar la iniciativa ante la convulsión de los tiempos: el Mayo Francés y el Festival de Woodstock. Los dos constituyen formas de entender la necesidad de la participación, por lo que fácilmente podemos identificarlos como experimentos de profundización democrática en naciones con una acrisolada tradición revolucionaria. Los dos ensayan con nuevas formas de agrupación en un momento en que la civilización potencia la atomización y el aislamiento de los sujetos. Si Mayo buscaba enfrentar a los estudiantes a la responsabilidad de deliberar y empoderarse, Woodstock trató de promover una comunidad de sentimientos similar a la que ya se respiraba a pequeña escala en las numerosas comunas hippies que funcionaban entonces en toda Norteamérica. Se trató en definitiva de repolitizar y resocializar a unas multitudes que percibían que las viejas estructuras comunitarias se estaban resquebrajando.

Una visión muy recomendable del Mayo Francés la encontramos en el intercambio de escritos que muchos años después se dirigieron André Glucksmann, célebre y polémico filósofo que presencié los hechos, y Raphaël Glucksmann, hijo del anterior. Mientras André sostiene una imagen no idílica pero sí favorable del episodio, Raphaël parece convencido de que Mayo es un fracaso estruendoso al que debemos culpar de muchos de los desajustes sociales posteriores.

Frente a quien, como Raymond Aron, habla de Mayo como una “revolución inencontrable” (Aron, 1968) o un gigantesco “psicodrama”, A. Glucksmann recuerda el París de aquellos días como un poema. Frente a la torpeza

de Sarkozy, que se atreve a culpar a los mayistas del relativismo moral, la corrupción reinante y el triunfo del cinismo frente a toda forma de autoridad, Gluksmann explica a su hijo que Mayo supone la ruptura de los jóvenes franceses con un modo de pensar y de vivir que ya estaba caduco. Ya no la Francia campesina y arraigada que se sintió querida por el General De Gaulle, los valores que emergen son los del desarraigo, una manera de estar ahí donde las referencias se hacen más débiles, o mejor, más fluidas. Era preciso liquidar las hipotecas que todavía pesaban sobre la ciudadanía:

Píldora anticonceptiva, aborto libre y gratuito, emancipación del segundo sexo –“mi cuerpo me pertenece”–, escuelas y residencias universitarias mixtas, mayoría a los dieciocho años, abolición de la censura, movilidad social, flexibilización del trabajo, reorganización de la enseñanza, liberalización de las radios y las televisiones, apertura hacia las antípodas, globalización de los oídos, los cerebros, las noticias y los capitales... Estas mutaciones preceden, siguen, enmarcan la primavera del 68, que acelera un movimiento de larga duración, del que no se libra ningún país desarrollado y que se extiende por toda la tierra (Gluksmann, André y Raphaël, 2008, 64).

Raphaël incide sobre las zonas más sombrías que abre la generosa mirada de su padre. Mayo del 68 es responsabilizado por los reaccionarios como Sarkozy del nihilismo moral de nuestro tiempo, pero lo que no son capaces de entender es que con ello no hizo sino mostrar el camino al nuevo capitalismo:

El relativismo que Nicolas Sarkozy descubre y critica en la herencia de Mayo no es otra cosa que el principio, el motor y el producto de la sociedad liberal (Ibídem, 222).

Pero André sabe que las lecciones que depara la aventura parisina no son unívocas. No podemos exigir a los amotinados de La Sorbona que sentaran cátedra de una vez por todas sobre los valores universales que debemos seguir. De hecho, parte de su herencia es el rechazo al dogmatismo que tenía secuestrado al marxismo francés. En ese sentido, Mayo tuvo la virtud de desclericalizar el pensamiento de izquierda, lo que no es poca conquista, como no lo fue la de renunciar en tanto que proceso revolucionario al “extravío homicida” que tuvieron otros anteriores o que hoy encontramos en el terrorismo. En cualquier caso, cuando aquel veterano de la última revolución francesa insiste en el giro filosófico que supone asumir el desarraigo como nueva condición del ciudadano contemporáneo, de alguna forma está cargando de razón a su hijo André, pues es ese “sujeto débil” y descentrado el que las nuevas formas que irá adoptando el capital necesita para imponerse con más fuerza que nunca.

El Festival de Woodstock fue la materialización de un sueño, el de una comunidad sin reglas ni policía donde espontáneamente y bajo la inspiración del hachís los jóvenes se amaban sin sombra de violencia. Triunfó la paz, una paz anárquica pero no caótica, como pretendían los diarios que desde Washington o Nueva York espantaban a los biempensantes sobre lo que podía estar ocurriendo en aquella pradera donde llegaron a reunirse medio millón de jóvenes norteamericanos. Lo pasaron muy bien, pero:

Sólo muy pocos sospecharon en su vértigo que en Woodstock no se instauraba un comienzo sino el comienzo del fin y que la inocencia de aquel soñar despiertos se perdería, violada por la realidad del mercadeo, la explotación y el desengaño. Woodstock fue el primer festival de rock sacado al mercado con gigantescas ganancias por la industria del cine y el sonido. Y al mismo tiempo fue indiscutiblemente el último al que los visitantes afluyeron sin sentirse víctimas voluntarias o marionetas de una estrategia comercial (Schmitt, 1988, 78).

En consecuencia, Woodstock como gran fin de fiesta para una década demasiado eufórica y que provocó una larga resaca. Ese fue el último momento en que pudimos tener una fe ciega en el poder de los seres humanos para formar comunidades libres y pacíficas. Aparentemente sólo fue un sueño, o en todo caso, el final de un largo sueño que tocaba a su fin en los últimos meses del decenio.

Casi cuatro décadas después, la visión del “sesentismo” como impostura, es decir, como un pretexto ideológico para crear nuevas necesidades y estructurar nuevas formas de adoctrinamiento y dominación, parece haber alcanzado demasiado éxito como para no salir al paso. Ningún teórico medianamente experto es tan estúpido como para proponer que las formas de cultura juvenil con pretensiones antagónicas hacia el orden establecido se urden exclusivamente en los laboratorios de las grandes corporaciones. Ciertamente, existen técnicas de manual para producir *mainstream* (productos de masas) en el cine, la televisión o la música. Pero los tipos como Don Draper siempre supieron que las tendencias había que saber detectarlas en la calle y los bares.

Nos encontramos ante el principio de la asimilación, cara opuesta del que piensa en la contracultura de los sesenta como un movimiento de resistencia. Lo que empieza como un estilo de pensamiento y vida alternativo y contestatario termina convirtiéndose en hegemónico por la sencilla razón de que las empresas encontraron en el hippismo y sus especies allegadas el lenguaje que necesitaban para administrar su propia evolución.

Si durante los años cincuenta puede decirse que el capitalismo norteamericano se dedicó a comerciar con el conformismo y la mentira consumista, durante la década siguiente ofreció autenticidad, individualidad, diferencia y rebelión (Frank, 2011, 32).

La vida de la generación anterior era deprimente, la sociedad opulenta incumplía sus promesas, el mundo acartonado y en blanco y negro de la posguerra empezaba a ser mirado con el retrovisor. Podemos ver el siglo XX como una historia de enfrentamientos, pero también es el proceso de conquista del individualismo consumista, que viviría acaso su momento más deslumbrante precisamente en la Década Prodigiosa. Lejos de la panoplia de la revolución contra el materialismo, lo que se plantea con aquellas convulsiones juveniles es una gigantesca transformación en los hábitos del consumo. Los creativos más inspirados de Madison Avenue captaron a tiempo esa tendencia y supieron cómo rentabilizarla:

La revolución en el mundo de la empresa, lejos de oponerse a la mayor revolución social que se produjo en aquella época, corrió paralela –y en algunos casos de hecho se anticipó– a los impulsos y a los nuevos valores con que se suele relacionar a la contracultura. (...) Se adhirieron a la contracultura porque para ellos tenía sentido, porque cayeron en la cuenta de que reflejaba los nuevos del consumismo y de la gestión empresarial que habían cultivado durante años (Ibídem, 60).

Desde la perspectiva de Thomas Frank y otros defensores del principio asimilacionista, nunca hubo una revolución, no al menos en el sentido en que lo ha pretendido la izquierda con la aureola de última utopía de Occidente con la que ha rodeado y beatificado el espíritu que atraviesa la década, desde la irrupción de los Beatles y las primeras movilizaciones pacifistas hasta Mayo del 68 y Woodstock. Estamos según estos autores ante un proceso de ajuste social que en ningún caso se deja pensar desde el principio de la lucha de clases y otras antiguallas.

## **Y, PESE A TODO, SÍ HUBO CONFLICTO**

Debemos aceptar sin grandes reparos la evidencia de que el torbellino de la cultura urbana juvenil forma parte de una transformación global en el panorama de las comunidades tardoindustriales cuyas implicaciones son múltiples y cruzan en todas direcciones la escena por la que hoy deambulamos. El análisis de izquierda debe por otro lado ser muy cuidadoso, pues ha de asumir que los movimientos de contestación juvenil, no siendo ajenos a la dinámica de

clases, desbordan no obstante los límites del planteamiento proletario clásico. Paralelo a este error encontramos el riesgo de sucumbir al elitismo cultural, que tiende a despreciar lo producido por la “cultura popular” al declararlo sin resistencias como casos de subcultura manipulada e inducida desde las élites, de tal manera que, arrancando de posiciones contrarias, reaccionarios y marxistas de viejo cuño terminan coincidiendo. “Olvidémonos de la minifalda y otras frivolidades y luchemos contra el capitalismo con las armas de siempre”. Aseveraciones como ésta han sido pronunciadas a menudo cuando desde el marxismo ortodoxo se han intentado ajustar las cuentas al Mayo Francés y a otros movimientos de rebeldía característicos de la llamada Década Prodigiosa.

La razón por la que planteamientos tan gruesos deben ser despreciados es que no asumen que las condiciones desde las cuales se hace posible cualquier forma de contestación han sufrido una profunda transformación. Las sociedades de mercado se rigen por claves desconocidas antes de los sesenta, el consumo se ha hecho masivo, las industrias culturales han alcanzado una influencia colosal, internet y en general las nuevas tecnologías han alterado de tal manera la construcción de la identidad que, si pretendemos resistirnos a la dominación, debemos empezar por trazar adecuadamente las nuevas formas que ha ido tomando.

En este sentido hay una primera objeción que plantear al principio asimilacionista. Podemos aceptar que líneas de complicidad entre empresa y rebeldía juvenil se entrecruzaban con la impugnación mutua, que pese a la insistencia de autores como Thomas Frank, también se dio. Ahora bien, que la cultura se haya mercantilizado no significa que la gente sea receptora pasiva de los mensajes que llegan desde los medios de masas. Podemos advertirlo con un ejemplo que no se refiere a figuras típicamente contestatarias como los hippies, sino a los primeros mods, subcultura con pretensiones de ascenso social nacida de barrios obreros y que ha pasado a la historia como pionera juvenil de adicción consumista:

Sin embargo, a pesar de esta sobrecogedora necesidad de consumo, el mod no era un consumista pasivo, como lo fue muchas veces su hedonista descendiente de clase media. La importancia del estilo para los mods no puede ser subestimada: lo mod era puro ESTILO, sin adular, la esencia del estilo. Para poder proyectar el estilo se hizo necesario, primero, poseer la mercancía, luego, redefinir su uso y su valor y, finalmente, resignificarla dentro de un contexto completamente distinto (Hebdige, 2014, 168).

Este informe relativo a un grupo británico concreto puede extenderse a la totalidad de estilos, tribus y subculturas juveniles que proliferaron en los sesenta: detectamos un permanente ejercicio de bricolaje o resignificación de los elementos culturales aportados por la cultura de masas. No hay sólo un proceso

unívoco de asimilación de materiales desde la calle hacia la empresa, no sólo se da una desvirtuación de lo popular para convertirlo en masivo, es decir, en producto rentable e inofensivo: se dan prácticas y juegos de lenguaje que escapan al control de los cuadros de mando y que producen efectos insospechados.

La coincidencia entre la explosión de los medios de masas y el momento más fecundo de la cultura juvenil desarrolla, no hay duda, tendencias al conformismo hedonista y la evasión de las clases subalternas frente a la necesidad de politizar la propia vida. Pero si por algo resultan fascinantes los años sesenta es porque es el periodo en que claramente la hegemonía cultural está en disputa. Siguiendo el planteamiento de Antonio Gramsci, la hegemonía es objeto entonces de una batalla encarnizada porque ha estallado una crisis de autoridad o, si se prefiere, de civilización. Las instituciones de reproducción –no ya las empresas, también la familia, la escuela o la iglesia– alcanzan un momento crítico del que ya nunca salieron con la integridad que les conocimos. Creer que estamos únicamente ante un “éxito de la mercadotecnia” es un reduccionismo intolerable.

Los años sesenta son, de alguna manera, la patria de origen de muchos de nosotros. Las consecuencias de esa convicción nos instalan en un laberinto donde cualquier aseveración taxativa queda rápidamente desautorizada. Leyendo a Cortázar, viendo películas de Antonioni, mirando los fetiches de Warhol o escuchando a los Rolling Stones nos asiste la certeza de que todo lo anterior a la llegada de Kennedy a la Casa Blanca nos cae como herencia, pero suena a anticuado y no sabemos muy bien qué hacer con ello. Por el contrario, desde los sesenta se presiente que el lenguaje de la historia ya es el que nosotros hablamos y, por tanto, somos capaces de entender.

Podemos pensar que se trata sólo de un giro en los procedimientos del capital y un retiro de los sujetos hacia la despolitización y el consumismo; podemos, como aquellos revolucionarios a la vieja usanza, dejar de adorar banalidades y luchar por la dictadura del proletariado. Fueron años de prosperidad, es cierto, pero el progreso social, es decir, la redistribución de la riqueza y la extensión del conocimiento y el bienestar, no se logran si no hay movilización ciudadana. Así fue siempre. Dice Cornelius Castoriadis:

La mayoría de las veces, estos movimientos desembocan en la institución normal de ciertos derechos, libertades, garantías bajo los que nosotros vivimos todavía. En otros casos, aun sin instituir nada en sentido formal, dejan profundas huellas en la mentalidad y en la vida efectiva de las sociedades: tal fue sin duda el caso de la Comuna de París de 1871, tal es ciertamente el de los movimientos de los años sesenta. (...) Puede resultar jocosamente mostrar que el “sentido” del Mayo del 68 ha sido, en definitiva, la expansión de las ventas de videocassettes porno. Puede ser menos divertido, pero más fecundo, ver

en Mayo del 68 y en los movimientos de los años 60, las enormes promesas que contiene potencialmente la época contemporánea y la dificultad inmensa que modernamente experimenta la humanidad para salir de la idiotez, para politizarse, para decidir que ocuparse de sus asuntos (colectivos) podría ser su estado habitual y normal (Castoriadis, 1996, 38).

Convergemos con Castoriadis cuando concluye que con la década contestataria no se inicia el ciclo de desencanto, indiferencia e intransitividad políticas que consideramos característico de nuestro tiempo. Más bien, es el agotamiento –el “fracaso”, si se quiere– de ese espíritu lo que desencadena nuestros males actuales.

La disolución de los movimientos de los años 60 ha marcado el inicio de la nueva fase de regresión de la vida política en las sociedades occidentales (Ibídem, p. 38).

## BIBLIOGRAFÍA

- ARON, Raymond (1968): *La révolution introuvable (Réflexion sur les événements de mai 1968)*, París, Fayard, 187 p.
- BAUMAN, Zygmunt (1999): *Modernidad líquida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 232 p.
- CASTORIADIS, Cornelius (1998): *El ascenso de la insignificancia*, Madrid, Cátedra, 238 p.
- COHN-BENDIT, Dany (1998): *La revolución y nosotros que la quisimos tanto*, Barcelona, Anagrama, 256 p.
- FONTANA, Josep (2017): *El siglo de la revolución*, Barcelona, Editorial Crítica, 808 p.
- FRANK, Thomas (2011): *La conquista de lo cool. El negocio de la contracultura y el nacimiento del consumismo moderno*, Barcelona, Alpha Decay, 437 p.
- GIDDENS, Anthony (1995): *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Madrid, Cátedra, 183 p.
- GLUKSMANN, André y GLUKSMANN, Raphaël (2008): *Mayo del 68*, Taurus, Madrid, 245 p.
- GOFFMAN, Ken (2005): *La contracultura a través de los tiempos. De Abraham al acid-house*, Barcelona, Anagrama, 523 p.
- GOODMAN, Paul (1975): *Problemas de la juventud en la sociedad organizada*, Barcelona, Península, 317 p.
- GRAMSCI, Antonio (2011): *¿Qué es la cultura popular?*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 190 p.
- JUDT, Tony (2011): *Algo va mal*, Taurus, Madrid, 220 p.

- HEBDIGE, Dick (2014): *El significado de lo “mod”*, en Stuart Hall & Tony Jefferson, comp., *Rituales de resistencia. (Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de post-guerra)*, Madrid, Traficantes de Sueños, 157-168.
- HOBSBAWM, Eric (1995): *Historia del siglo XX*. Barcelona, Editorial Crítica, 614 p.
- KENNEDY, John Fitzgerald (1963): *Discurso de Graduación en la American University de Washington*, en <https://www.jfklibrary.org>.
- LIPIETZ, Alain (1997): “El mundo del posfordismo”, *Ensayos de Economía*, 12, 11-52.
- MARCUSE, Herbert (1984): *El hombre unidimensional*, Orbis, Barcelona, 223 p.
- McGREGOR, Douglas (1994): *El lado humano de las organizaciones*, McGraw-Hill Interamericana SA., Santa Fe de Bogotá, 243 p.
- MONTESINOS, David P. (2007): *La juventud domesticada. Cómo la cultura juvenil se convirtió en simulacro*, Popular, Madrid, 222 p.
- ORTEGA Y GASSET, José (1955): *La Rebelión de las masas*, Espasa-Calpe, col. Austral, Madrid, 299 p.
- ROSZAK, Theodore (1970): *El nacimiento de una contracultura. Reflexiones sobre la sociedad tecnocrática y su oposición juvenil*, Kairós, Barcelona, 320 p.
- SERNA, Justo y LILLO, Alejandro (2014): *Young americans. La cultura del rock (1951-1965)*, Madrid, Punto de Vista Editores, 190 p.
- SCHMITT, Uwe (1994): “Una nación por tres días. Sonido y delirio en Woodstock”, en Uwe Schultz, dir., *La fiesta: de las saturnales a Woodstock*, Madrid, Alianza, 73-94.
- VVAA. (2015): *Mad Men o la frágil belleza de los sueños en Madison Avenue*, Madrid, Errata Naturae, 304 p.
- VVAA. (1983): *La década prodigiosa* (Siglo XX. Historia Universal, nº 31. Historia 16, Madrid).
- VVAA. (1983): *El mayo francés* (Siglo XX. Historia Universal, nº 32. Historia 16, Madrid).